

TESTIMONIOS

MAESTRO, COLEGA, AMIGO

Mi primer recuerdo de Germán Colmenares ocurrió en 1974. En las aulas de la Universidad del Valle fué una fortuna para los alumnos de aquella época tenerlo como profesor de Historiografía y Paleografía, para introducirnos en el campo teórico y familiarizarnos con la indagación de las fuentes primarias. Su conocimiento de las teorías y metodologías de las Ciencias Sociales y de la Historia en particular era vasto y profundo. De hecho las reflexiones sobre el oficio del historiador en los dos campos, el de la investigación y el de la escritura de la historia, constituyen una de las líneas mas claramente distinguibles y prolíficas de su obra. En la primera etapa tradujo artículos teórico-metodológicos de las escuelas francesa e inglesa y escribió sus propias reflexiones sobre esos temas, y después de una larga etapa dedicada a la historia social y económica, regresó de lleno a las preguntas sobre los modelos y los lenguajes, esta vez mirando definitiva y radicalmente desde nuestra cultura. Convenciones contra la cultura, recoge su análisis de los modelos en los que fué vertida, guardada y reproducida la memoria hispanoamericana por los historiadores del siglo diecinueve y propone caminos de búsqueda para los historiadores de hoy. Esta obra que fue para él un lugar de llegada, es para nosotros un lugar de partida, una lección inaugural, una agenda.

Este hijo de la sabana educado en el mismo liceo al que asistió García Marquez en Zipaquirá, abogado del Rosario al tiempo que filósofo de la Nacional, becario de postgrado en Chile y Doctor en Paris, llegó a Cali a principios de los setenta quizá sin pensar que iría a quedarse por muchos años.

Aunque aprendió a querer entrañablemente a Cali, Germán nunca dejó de añorar a Bogotá, la suya, más parecida quizás a Santa Fé. Por eso estaba tan feliz con la solicitud que recibiera de los españoles de escribir la historia de su ciudad dilecta y con su nombramiento como decano de los Andes, del que su muerte le impidió disfrutar. Se trataba de volver a la sede del Archivo Historico Nacional y de los viejos amigos, a la ciudad de conversación ilustrada y de

mayor amplitud intelectual, y también quizás a la sucursal de la ironía boyacense. Ya había disfrutado de muchas de las oportunidades que el mundo académico tiene reservadas a los mejores: de becas para investigadores -Guggenheim y Woodrow Wilson- de estadias como profesor invitado -en Columbia y en Cambridge- y de numerosas invitaciones a los grandes congresos internacionales.

A Germán le gustaba enseñar. Nunca pidió la famosa descarga de clases para hacer investigación: escribía de noche y por las mañanas, enseñaba por las tardes. Poco usaba el tablero, hablaba, exponía, explicaba con profundidad y sugería lecturas. Me han contado que enseñó hasta que sus precarias fuerzas se lo permitieron. Se reconcilió con lo que bromeando llamaba "la lucha de clases": se entregó todo a los alumnos. Tampoco estuvo nunca sin un proyecto de investigación en la cabeza, o mas de uno. Marinita cuenta que despues de acabar un trabajo y antes de empezar otro nuevo, recogía todo, lo guardaba y por un día se dedicaba a limpiar, lavar y encerar su mesa de trabajo antigua y hasta la lámpara. La unidad y coherencia de sus trabajos parecen hablar de este orden y concentración en la tarea de historiógrafo.

Desde el Departamento de Historia, como profesor y como colega Germán puso las bases para lo que a él le gustaba llamar la escuela de Cali, pionera de la historia regional en el país. El respeto que Germán profesó a su oficio ha sido de tan invaluable importancia para nosotros, como los caminos que él abrió para la investigación. Quizas por que conocía tanto otras disciplinas de las Ciencias Sociales y Humanas supo hacerles los préstamos sin que la interdisciplinarietà se le convirtiera en confusión y desdibujara la especificidad de su trabajo. En ello aprendimos la diferencia entre independencia y aislamiento. Como su saber, su vida universitaria tampoco se restringió a un departamento o una facultad. Por eso su obra y su memoria son inspiradoras para tanta gente.

Pocas personas disfrutaban de la conversación como Germán lo hacía; pocas tienen una conversación como la suya. Para abundar sobre un tema Germán era capaz de prolongar un tanto por horas en la cafetería de la facultad o acompañar a un colega con su charla por el largo camino al salón de clase. Así lo hizo el último día que lo vi y lo conservo como mi último recuerdo. Puedo asegurar que el camino estaba embarrado.

Margarita Garrido